

nera que dije—¡apa! voy á cerciorarme con mis propios ojos; y si no han lanzado inmediatamente á ese miembro podrido, saco á mi Enriquito del Establecimiento, y por via de buen consejo doy parte á algunos de mis amigos; lo cual sentiré en el alma, supuesto que todo ello puede ceder en perjuicio del señor Director, á quien debidamente estimo.

El señor Director en vista de las buenas razones del padre de familia, manifestó que estaba decidido á hacer un ejemplar en su colegio; de manera que cuando Don Santiago concurió al llamamiento que le habian hecho, fué solamente para recibir á Gabriel, acerca del cual circularon los mas absurdos rumores y las mas torpes calumnias, pues los niños díscolos, al verse apoyados por el director, abultaron cada uno por su parte é impunemente las especies que corrieron con respecto á aquel desgraciado niño.

## CAPITULO XV.

## LOS PRIMEROS NUBLADOS.

**P**OR varios dias continuaron las confidencias de Lola, hasta poner al tanto á Zubieta de todos los antecedentes de su familia.

Don Manuel por su parte habia introducido en su sistema de vida estas dos novedades.

En primer lugar, no salía ya de noche.

Y en segundo lugar, hablaba menos y observaba mas. Empezaba á fijarse en una porcion de cosas insignifi-

cantes: un día le pareció que no había motivo para que Lola tuviese puesto un vestido color de rosa.

—Me parece, le dijo á su muger inopinadamente, que ese vestido es de cierto lujo, y que sería mejor que lo reservaras para..... en fin, para la casa bien podrias llevar otro mas sencillo.

—Me he puesto este vestido hoy por que sé que te gusta.

—Si, es muy bonito.

—Pero si quieres que lo use solo para salir, lo guardaré.

El día pasó sin mas incidentes.

En la tarde del día siguiente aquel detalle fue el asunto de la conversacion entre Lola y Zubieta.

—Eso me parece, cuando menos, una extravagancia, por que yo no veo nada de particular en eso, dijo Zubieta.

—Ya se vé, contestó Lola, y para que vea usted que en efecto eso no pasó de una extravagancia, le diré que yo por supuesto me quité el vestido color de rosa, pero me puse este azul, que aunque es de menos vista, pero indudablemente es mejor que el otro.

—Y naturalmente que Don Manuel quedaria muy satisfecho con el cambio.

—Ya se vé, en la noche me dio las gracias.

—Y vea usted lo que son las cosas, agregó Zubieta, lo que es á mí, me gusta mas el vestido azul que el color de rosa.

—Y á mí tambien; ya sabe usted que me gusta mucho lo azul, es mi color favorito.

—Y el mio.

—Que lo diga cierta corbata.

—Y este chaleco.

—¿Es azul?

—Azul.

—Verdaderamente. no he visto cosa mas ridícula que un marido celoso.

—Efectivamente: es insoportable.

—La conducta de Manuel, agregó Lola, se va haciendo tan inconveniente, que estoy segura de que va á dar un mal resultado.

—Yo mucho me lo temo.

—Ya usted lo vé, ya no sale de noche.

—¿Y lo hará intencionalmente?

—Sí: ya este punto lo tengo bien averiguado, por que sus compañeros de tresillo han enviado algunos recados, temerosos de que algun negocio grave le haya obligado á abandonar su antigua costumbre.

—¿Y qué ha contestado?

—Ha mandado decir que tiene una ocupacion por las noches: pero yo que le observo, sé perfectamente que eso de la ocupacion es una falsedad.

—Y él ¿no se disculpa? porque en fin, á usted tiene que darle alguna explicacion.

—Me ha dicho que ha pensado abandonar el tresillo por que ha perdido mucho el año pasado, y que le pare-

ce conveniente hacer economías, por que sus negocios estan mal.

—¿Mal? interrumpió Zubieta, haciendo un gesto de extrañeza.

—Yo sé que tampoco eso es exacto.

—Yo mismo he procurado quitarle de la cabeza que tome ese dinero que le ofrecen, por que á la larga esto es muy oneroso, y sobre todo segun el estado de sus negocios, que sé yo perfectamente, no es necesaria esa nueva complicacion.

—Ya se vé, por mi parte comprendo que Manuel quiere hacerme creer que sus negocios de comercio son los que lo tienen preocupado, cuando todo elló no es mas que celos; celos de que él mismo se avergüenza.

—Todas las injusticias, criatura, todas las injusticias pesan sobre la conciencia, y no pueden consumarse sino por medio de un esfuerzo sobrenatural.

—Eso es lo que yo he creído siempre; y por mas que Manuel disimule, yo le conozco que esta ocultando un malestar continuo que, como he dicho á usted, me ofende en alto grado.

—Con razon, murmuró Zubieta, que no desperdiciaba ocasion de apoyar á Lola en este particular.

Si hemos de juzgar imparcialmente á Zubieta, debemos asegurar que hasta aquel momento, su mas firme resolucion consistia en no enamorar á Lola. Se habia tomado la cuestion por el lado de la injusticia y del amor propio.

¿Quién no se creé justo, y quién deja de tener amor propio?

De manera que cuando se trataba de probar que Don Manuel era injusto, Lola y Zubieta identificados en el gran principio de la justicia, eran hasta elocuentes al afejar aquella conducta.

Se sentian fuertes, y lo que es mas, unidos, con la conviccion de tener la justicia de su parte, ¿que cosa mas loable ni mas sustancialmente moral que declamar contra la injusticia, que ser apóstol de un principio tan santo y tan incontrovertible como la justicia?

Por otra parte, reprobear la ingratitud es un acto digno, es una prueba de buen sentido, y hasta de buen corazon.

De manera que, cuando Lola y Zubieta se unian para reprobear la ingratitud de Don Manuel, se sentian fuertes con la conciencia de su causa y en su perfecto derecho para hablar á nombre de esa virtud tan apreciable: la gratitud.

Cuando Lola y Zubieta se ocupaban de la cuestion de celos, en general, tambien estaban en su perfecto derecho para moralizar sobre este punto: ¿qué pasion mas ruin mas terrible, mas funesta que los celos?

Zubieta empleaba toda su elocuencia, para retratar con los mas vivos colores al hombre celoso, no olvidándose de recargar ciertos toques, como por ejemplo aquellos en que se pudiera establecer una comparacion exacta con Don Manuel.

Y de una en otra comparacion, resultaba necesaria-

mente esta consecuencia: Don Manuel se estaba haciendo odioso por medio de sus celos; bien es que la pintura que de Don Manuel resultaba en cada conferencia iba recargada de colorido, y precisamente en el fondo de esta exageracion era endonde estaban la gravedad y el peligro, supuesto que tanto Zubieta como Lola revelaban cierto deseo, mal oculto, de encontrar reprochable la conducta de Don Manuel.

Por lo general, en cada una de estas sesiones íntimas se cambiaban mútuas protestas de virtud, que no habia mas que pedir; y no era extraño oír exclamar á Zubieta, en lo mas acalorado del discurso.

—Todo esto, criatura, no quiere decir que la indisponga á usted con su marido, ni que procure llevarla por mal camino, no, Dios me libre; en todo caso yo no soy mas que el amigo de confianza, que tiene, eso sí, el mas vivo interes por todo lo que á usted le incumbe.

—Por de contado, contestaba Lola; y yo por mi parte, si me quejo con usted, es porque veo el interes que usted toma por mis asuntos, y sobre todo porque conozco la lealtad de usted y su caballerosidad excesiva, pues de otro modo yo me cuidaria muy bien de tener con usted ciertas confianzas.

—Naturalmente, agregaba Zubieta, la sinceridad de nuestras intenciones se conoce á legua, y como sé que usted me aprecia.....

—Ya se vé que sí, repetia Lola con cierta ingenuidad,

si no lo apreeiara á usted no le daria ciertas pruebas de confianza.

—Pruebas, que á mi vez sé agradecer debidamente.

Todavía despues de estas protestas, Zubieta mas de una vez se propuso ser un modelo de hombría de bien, no atentando un solo momento contra el honor de Don Manuel; y Lola por su parte tambien cerraba el hilo de su discurso generalmente con este monólogo, despues de haber contemplado con cierta reserva á su marido.

—¡Anda! decia para sí, por mas que me haga, no he de ser yo como las demas mugeres, no he de dar que decir, he de tener el gusto de avergonzarte, poniendo de manifesto tu injusticia y mi prudencia, tu mal corazon y mi bondad.

¡Anda Melito! yo te enseñaré á encelarte de tu mugercita, tan buena, que ni con un cirio pascual vuelves á encontrarla, ¡anda ingrato! yo te haré ver que yo soy una muger digna, que sabe cuidar mejor que tú tu nombre de marido.

Como el silencio, que por lo general reinaba en la mayor parte del tiempo en que Lola y su marido estaban juntos, era la significacion de que cada consorte aunque en paz ostensible, tenia la música por dentro, Don Manuel solia decir para sí.

—¡Anda taimadita! sabe Dios cuantas horas te habrás estado mano á mano con ese pulcro del Zubieta; ya me habran comido vivo entre los dos. ¿Y para esto se casa uno, señor, pará tener despues una especie de fiera á quien

auxiliar? porque es una fiera á quien uno ha entregado voluntariamente algo mas que su bolsillo: su honra.

—Por de contado, que este silencio, á medida que mas se prolongaba, se hacia mas embarazoso, al grado que Don Manuel, no pudiendo tolerar cierta noche, lluviosa por mas señas, reventó de esta manera.

—¿Por qué estás tan callada?

—Como tú tampoco hablas?.....

—Es que yo he hablado ya.

—Yo tambien.

—Este fué solo el primer trueno: reinó por segunda vez el silencio y al cabo de un rato, preguntó Don Manuel.

—¿Vino Zubieta?

—Sí: contestó impasible Lola.

—¿A qué horas?

—A las cuatro.

—¿Y se fué?

—A las cinco.

Se habia ido á las seis y media.

—¿Una hora?

—Una hora.

—¿Y de qué hablaron?

—Del tiempo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Nada mas del tiempo?

—Y de otras simplezas.

—¿Sí, hé?

—Sí, del teatro, de las castañas, de las criadas.

—¿Nada mas?

—¿Cómo quieres que me acuerde de todo lo que hablamos?

—Podian haber hablado de algo importante

—Pues creerás que no?

—Yo..... yo si creo en eso, dijo Don Manuel recalando las palabras, pero.....

—¿Pero? pero qué?

—Qué quieres, la sociedad tiene sus exigencias y sus caprichos.

Despues de una pausa, Lola dejó escapar este monosílabo, quitándole todo el carácter de afirmacion.

—Sí.

—Porque..... vamos á ver, dijo Don Manuel, con ese ademán tan peculiar del que aborda una cuestion embarazosa. Yo..... yo no soy exigente, ya me conoces, jamas te molesto, ni me meto á averiguar lo que haces.

Lola estaba viendo venir el chubasco y se esforzaba por manifestar extrañeza, frunciendo los cejas y estudiando de antemano una exclamacion que diera á entender que se iba de espaldas como ante una acusacion injusta.

Don Manuel continuó:

—Por mi parte comprendo cuan ridículo es un hombre exigente, y aunque no soy liberal de esos inmorales,

odio la tiranía, eso sí, porque á mí no me des tiranos; pero..... como habia dicho al principio, la sociedad tiene sus exigencias.

Esperó en vano Don Manuel á que Lola hiciera alguna pregunta.

Lola permaneció callada.

Don Manuel continuó:

—Siempre he creído que esto de la felicidad conyugal, es una cosa muy árdua, es un verdadero albur, y muchas veces una falta de prevision, una ligereza ó cualquiera circunstancia, insignificante al parecer, determina..... determina quo sé yo cuantas cosas ¿y todo porqué? por no reflexionar á tiempo, por no hablar, por no entenderse, como es muy natural, entre marido y muger.

Volvió á callarse Don Manuel, pareciéndole que ya habia dicho lo suficiente para hacerse entender de Lola, pero esta permanecia callada.

—¿No me contestas? preguntó Don Manuel.

—Quó he de contestarte, cuando no sé á donde van á parar todas esas reflexiones, que por otra parte me parecen perfectamente sábias.

—¿Te burlas?

—No.

—¿Entonces?

—Es que, como nunca te habia visto así, hecho un predicador.

—No es un sermón lo que he dicho, es simplemente una opinion.

—¿A propósito de qué? preguntó Lola con cierta impaciencia.

—A propósito de tí.

—¿De mí?

—Sí.

—Acaso creerás que he dado lugar á que me hagas esas reflexiones?

—Sí.

—¡Ola! ¡ola! ¿con que celitos tenemos? ya me lo habia yo sospechado: le faltaba á usted esa gracia que tanto me divierte. No, y en cuanto á eso, le advierto á usted señor Don Manuel, que no tolero celitos, que yo sé lo que esa funesta pasion tiene de trascendental y de terrible, y estoy decidida á que entre nosotros no haya de eso, ¿lo entiende usted señor marido? Vamos á ver esos celos, vamos á ver ese parto de los montes; solo que le advierto á usted, amiguito, que tenga mucho cuidado y que al acusarme, si es que á tanto se atreve, medite mucho sus palabras, y sobre todo me dé la prueba al canto; porque ya le he dicho á usted, que no tolero celos necios y por que en esta materia estoy resuelta á todo, menos á tener la vida de la pobre de mamá, ¡alma mia de ella! que sufrió tanto, sin mas que ese motivo. Conque vaya usted diciendo, y tenga presente una vez por todas, que ésta será la primera y la última conferencia que tengamos sobre el particular.

—¡Ola! ¡ola! te veo muy resuelta y como desafiándome á que.....

—Sí, tienes razon, desafiándote á que esten fundados en razon los motivos que te hayan impulsado á hablar-me por la primera vez de una materia que, como sabes bien, me fastidia soberanamente. Sí, te desafio á que sea fundado tu temor ó lo que sea: yo te he visto sério estos dias, y me ha pasado por las mientes atribuirlo á celos necios: y verdaderamente deseaba el momento de venir á una explicacion, porque ya sabes que soy enemiga de malos modos, con que desembucha cuanto antes, porque tengo mucha curiosidad de ver la pata de gallo con que vas á salir.

—¿Pata de gallo? preguntó Don Manuel, no tan pata de gallo como te figuras.

—¡Ah..... que es una cosa grave, es una acusacion en forma, es..... ¿qué cosa es? si tiene usted la bondad de decirme, exclamó Lola apretando los dientes.

—No te violentes; ante todas cosas, para tratar de ciertos asuntos, se necesita calma y serenidad, y las violencias nunca conducen á la razon.

—¿Calma, quieres que tenga, calma, cuando la tuya y tu parcimonia es precisamente la que me violenta?

—Pues bien, con calma, ó sin ella, escucha.

—Eso es, al grano, al grano, y dejemonos de preámbulos, le escucho á usted.

Lola se dejó caer en el respaldo del sillón en que estaba sentada y.....no nos atrevemos á pensar que esto fue-

ra intencionalmente, pero sucedió una cosa. Lola usaba crinolina un poco ancha, como se usaban antes: los brazos del sillón eran dos brazos casi humanos que estrechaban los repetidos círculos de acero del armazón, obligándolos á formar la elipse, el asiento del sillón era el polo opuesto de esa elipse y la curva saliente ofrecía seguro y alto apoyo á la falda, que no por exhuberante bajaba hasta tocar la alfombra.

Este conjunto de circunstancias determinó un cuadro de bajo relieve, entre el suelo y la orla del vestido.

Lola era el asco personificado.

Habia mas, se calzaba divinamente.

Todavía mas, tenía muy lindos pies.

Don Manuel estaba frente á Lola en el otro sillón.

Los pies de Lola aparecían destacándose en una semi oscuridad, compuesta de encajes, tejidos, y pliegues como si un pintor oculto hubiese dispuesto aquel espectáculo para dar una sorpresa artística.

Todo ello no habia sido mas que el resultado de un movimiento casual.

Pero á pesar de esto, esa casualidad fué á influir directamente en el hilo del discurso de Don Manuel.

A su pesar vió.

A su pesar se distrajo.

A su pesar se mortificó de distraerse.

A su pesar cuando habló, su voz era mas dulce, y comenzó de esta manera.

—Mira, Lolita, me vas á prometer no violentarte, escúchame.

—Escucho, repitió Lola con afectada gravedad.

—No te negaré que he tenido algunos dias cierto malestar que no me ha sido posible disimular.

—Ya lo he visto.

—Pues todo ello, no es mas que ciertas hablillas que han llegado á mis oidos.

—Hablillas? y por hablillas.....

—Permíteme todavía un momento de atencion.

—Te lo permito.

—Pues.....alguna persona se ha permitido censurar la frecuencia de las visitas de Zubieta.

—¿Sí?

—Nada menos que eso.

—¿Y eso es todo?

—Ya podrás suponerte que la interpretacion que se dá á las visitas de Zubieta, no es nada favorable.

—Ya lo supongo.

—¿No es verdad?

—Y porque esa interpretacion es desfavorable, tú te formalizas conmigo, lo cual equivale á suponer que yo traigo á Zubieta ¿no es cierto?

—No, yo no supongo eso, ya te he dicho que tengo en tí una confianza sin límites.

—Ya se conoce, cuando apenas hablamos y pones una cara que parece que te has arruinado.

—Bien, pero convendrás en que esto es muy desagradable.

—No, no convengo en ello, porque antes que todo, es muy sencillo el remedio.

—¿Cuál es?

—Que llames á Zubieta y se lo digas.

—Yo decirle á Zubieta? ¡qué barbaridad!

—¿No?

—No.

—Entonces confórmate con las hablillas, y pónte ri-sueño y amable conmigo.

Don Manuel se tardó algo en contestar.

—No, ni uno ni otro.

—Ah! entonces pretenderás que yo se le diga.

—Por qué no?

—Por qué no? por esto: porque Zubieta me tendria por una muger vanidosa, que cuando menos, ponía la ocasion para que la galantease, ó para que me despreciara, y yo no estoy dispuesta á soportar ni lo uno ni lo otro. Zubieta no es amistad mia sino tuya, tu lo trajiste, tu me lo recomendaste, tu eres el primero en preguntarle con interes sincero, por qué deja de venir cuando tal hace, y no hace mucho me has obligado á mandarlo llamar á tu nombre para no sé qué asuntos que tenias con él; y ya que se trata de Zubieta, te diré que has sido un imprudente en hacerle conocer tu malestar de estos dias; porque con eso no has hecho mas que ponerte en ridículo; ya sabes que Zubieta es hombre muy perspicaz, y de



seguro ha comprendido tu mudanza sin que él por su parte haya dado el menor motivo para ello.

Ahora bien, sino son las hablillas, sino tu, de quién se trata, si ha llegado la vez en que te fastidies de Zubieta y te disgustan sus visitas, llevátelo en buena hora, que bien poca falta me hace; pero á mi vez debo advertirte, que ofendida como lo estoy por tu sospecha injusta, te satisfago porque es un deber mio de esposa hacerlo así; pero que ni toleraré mas celos necios, y picardadito con picarme la cresta, señor marido! pues si usted no sabe conducirse para conciliar la paz doméstica, yo tampoco tengo vocacion de santa para sufrir con paciencia impertinencias á que no doy lugar: en resumen, no quiero volver á hablar de Zubieta; si te disgusta que venga, despídelo, y si, como lo creo yo, crees tú que esto seria ridículo por tu parte, cállate y estudia tu conducta para no volverme á ofender gratuitamente: He dicho.

Y diciendo esto, Lola se paró de un salto, abrió la vidriera y alegre como una colegiala; atravezó todas las piezas de la casa cantando una danza habanera.

## CAPITULO XVI.

### ENTRE MARIDO Y MUGER.

**D**O volvieron Lola y su marido á ocuparse por entonces de la cuestion de los celos; pero tampoco quedó nada resuelto.

Zubieta siguió siendo un reloj en materia de exactitud, y Don Manuel por su parte, estaba cada dia mas intranquilo.

Al fin, y como era de esperarse, emprendió el matrimonio la segunda conferencia con respecto á los celos.

Esta segunda conferencia, también como era de esperarse, fué mas interesante.

—Volvemos á tocar la cuestion, decia Lola, bajo el mismo tema, y á este paso, no avanzaremos nunca; entendámonos.

—Entendámonos, repitió Don Manuel.

—¿Estás celoso?

—Sí.

—Explicame tus celos, ó mejor dicho, precisa los términos de tu ofensa ¿soy infiel?

—No, yo no digo precisamente que tú.....

—¿No?

—Estoy bien seguro de tí, pero te repito que las gentes hablan, y que es muy triste estar dando pábulo á hablillas de ese género, cuando .....

—En todo caso exclamó Lola, debes ser mas leal para juzgarme y mas franco para confesar tus debilidades.

Tén presente que yo te hablo con la frente levantada, porque en lo mas íntimo de mi conciencia existe la convicción de que soy digna de mí misma, y por eso tengo el derecho inalienable de defenderme y de hablar alto; la altivez con que creo de mi deber hablarte, no es la desvergüenza, sino la dignidad la que me la inspira, no soy culpable ni con el pensamiento, ni en sueños, ni loca, comprendo todo lo que vale para mí el aprecio de mí misma, y esta garantía es mas sagrada que todos los juramentos que pudiera hacerte; al paso que tu conducta meticulosa y cobarde está revelando al hombre que obra

sin la conciencia de los hechos, y hasta sin las presunciones mas remotas.

Averguénzate de arrastrarte como un reptil para espiarme, levántate en hombros de tu propio valer é interrógame frente á frente porque no te temo como no temo á la luz ni á la verdad.

Un exceso de mi cariño hácia tí, la consideracion de que lo que te ha asaltado es una verdadera enfermedad del espíritu, me han obligado á perdonarte cien veces tus desconfianzas, que envuelven para mí una tan formidable ofensa; y tú, ciego y torpe no comprendes que tu conducta no hace mas que minar el pedestal de nuestra tranquilidad doméstica, y esparcir nubes negras en el blanco y puro hogar, que no ha profanado todavía ni un pensamiento, ni un sueño; y todo el caudal de amor y de ternura que en tí, el único hombre á quien he amado, deposito constantemente, lo aceptas para mezclarle el negro veneno de tus celos.

Tú y solo tú serás el responsable del contagio que mi amor resienta, cuando en vez de premiarlo lo insultas, cuando en vez de aceptarlo lo rehusas.

No se me oculta que me celas, que me cuidas, que me vigilas como á una muger criminal, y cada una de tus tenebrosas pesquisas, cada una de tus ridículas asechanzas es un dardo que hiere mi corazon, que me lastima horriblemente, é insistes, y esa idea de loco que se ha apoderado de tu cerebro va á acabar por matarte y por matarme á mí, porque en fuerza de herir mi amor acabará

por languidecer, y en fuerza de hacerte indigno de él constantemente, acabará por marchitarse como una planta sin jugos.

Por otra parte, sabes la gravedad del mal en qué consiste, en que no es Zubieta el móvil de tus celos; Zubieta no es mas que la encarnacion, porque los celos son una enfermedad que necesita encarnarse y se apodera de la primera sombra.

El mal no es que Zubieta esté de por medio, sino que en tu alma haya podido penetrar por primera vez esa fatal ponzoña; el mal está en que tu fé vacila, en que te desconozcas á tí mismo. ¡Ay, exclamó Lola en medio del fervor de aquella violenta inspiracion, creí que nunca me pasaria esto!

Y aunque Lola sintió que rodaba por su mejilla una lágrima, no se movió, porque no quiso hacer alarde de su llanto: no lo necesitaba.

Don Manuel estaba perplejo; jamas habia oido hablar á Lola de aquel modo; le habia parecido otra mujer, una mujer superior á la que él habia conocido.

—Pero eres tú, exclamó al cabo de un rato, eres tú la que me has hablado?

Aquella pregunta hirió doblemente el amor propio de Lola.

—¿Te sorprende mi lenguaje?

—Sí, verdaderamente.

—Ya te comprendo; debí haber sido la de siempre pa-

ra tí, hasta en mi lenguaje; pero si vieras cuán elocuentes son la verdad y la justicia.

—Has estado inspirada.

—Sí, tienes razon, y tú has estado torpe: es la causa de cada uno; yo hablo á nombre de la verdad y del amor, y tú á nombre de la calumnia y de los celos.

—Es que yo tampoco te he dicho todo lo que los celos son capaces de inspirarme.

—¿Vas á decírmelo? le preguntó Lola con tanta altivez, que Don Manuel bajó los ojos y dijo:

—Pero no para acusarte sino para quejarme contigo: ¿puedo hacerlo?

—¿Quejarte conmigo? si: ¿no soy tu compañera?

—¡Qué buena eres!

Y Don Manuel acercó su silla lo mas que pudo á la de Lola, y luego con el acento mas dulce, dijo:

—He sufrido mucho, Lola, ¿y me negarás que mi sufrimiento depende de que te amo mucho?

—Si te lo niego, porque tu sufrimiento nace de que no sabes amarme, no sabes procurar que te ame.

—¿No he sabido amarte?

—No.

—¡Y hasta ahora me lo dices!

—Sí, porque en vano hubiera yo pretendido enseñarte.

—¿Soy torpe para aprender?

—No, pero siempre has creído que sabias lo bastante y hubieras despreciado mis consejos.

—Lola, ¿qué estás diciendo?

—Verdades, hoy no digo mas que verdades.

—¿Eso es verdad?

—Sí, escucha. Por el género de educacion que has recibido, por las costumbres de tu familia y aun por el género de vida á que te has consagrado, has logrado simplificar la ciencia de la vida, que es la mas difícil, á la práctica de todas las rutinas, al método de todas las acciones, y al mas vulgar materialismo, en fin, sin ocuparte de la parte filosófica del matrimonio, que es el estudio mas importante, al menos para el hombre que pretenda buscar la felicidad en uno de sus veneros mas seguros.

—Quiero decir.....

—No he concluido, escúchame.

—Nos conocimos, y cuando me enamoraste..... recuerdas cuál fué mi primera pretension?

—No.

—Pues fué esta: que procurásemos conocernos.

—Es cierto.

—Insististe, y á los dos meses de conocernos nos casamos.

—Es cierto.

—Yo por mi parte procuré estudiar tus gustos, sondear tu inteligencia y estrecharte á mí con los lazos morales del cariño y con algo mas, con los lazos que proporciona el estudio moral en todo lo que pertenece al conocimiento del individuo. ¿Recuerdas cuáles fueron tus

primeros desaires, apenas te familiarizaste con tu nuevo estado?

—No lo recuerdo.

—Yo no lo he olvidado. Me llamaste pedante, te burlaste de mis observaciones, me dijiste que me habia llenado la cabeza de libros inútiles, y hasta me prohibiste la lectura.

—Es cierto.

—Esto que para tí no tenia ninguna significacion, fué para mí un verdadero desengaño; comprendí que mi mision se reducía á identificarme contigo, haciéndote agradable la vida, amoldándome á tus gustos, á tus deseos, á tus costumbres, y así lo he hecho sin faltar un solo dia.

Y cuando mi imaginacion me hacia delirar con la union moral de dos almas que se aman y se comprenden, me veía obligada á sofocar los arranques de mi fantasía, plegando las alas para permanecer á tu lado, y considerando como una profanacion dar rienda suelta á mi idealidad y á mis ilusiones de loca.

Tú creiste por tu parte que ya no era necesario hablar de amor, sino consagrarse á la vida práctica, acomodada á un método invariable y constante; enhorabuena, estoy y he estado conforme; no he vuelto á exigir nada de tí, he cumplido y seguiré cumpliendo; pero cuando ya no solo no te has dignado moverte de tu frio pedestal para seguirme en mis delirios de amante, en mis sueños de jóven y en mis ilusiones de esposa, cuando ya no solo desconoces mi abnegacion, sino que en vez de cederme virtud me

atribuyes deprecación: á mí vez me creo en mi legítimo derecho para rechazar con indignación tan torpes juicios, previniéndote que una vez conociéndonos, represente cada uno el papel que le ha tocado; y si no el amor de los amantes, el deber de padres nos imponga la pena de tolerarnos, en obvio de escenas de celos que nos conducirán á un abismo de desgracias.

En resumen, señor marido, ¿ó vd. ó yo le decimos á Zubieta que no vuelva?

—No, ninguno de los dos.

—Seré yo, dijo Lola con firmeza.

—Te la prohibo.

—No tienes derecho de prohibirme defender mi honor, que es el tuyo.

—Me pondrás en ridículo.

—Luego confiesas que son ridículos tus celos.

—Sí; pero, qué quieres, no lo puedo remediar, solo la idea de.....

—Te ruego no me los describas, ya sabes que le tengo horror á esa enfermedad, á la que estoy resuelta á poner término.

—¿Cómo?

—Quitando el pretexto, satisfaciéndote absolutamente.

—Me lo dices de una manera tan altiva, objetó Don Manuel al ver la actitud severa de Lola.

—Exíjeme todo, menos humillarme cuando no he delinquido; estoy obligada á probarlo, pero nada mas.

—¿Y no veré de tu parte ninguna demostración cariñosa?

—¿En cambio de qué?

—De mi enmienda, de mi arrepentimiento, de la confesión sincera que te hago de que he sido un estúpido al creerte capaz de ofenderme, en cambio del perdón que te pido de rodillas.

Y al decir esto, Don Manuel, verdaderamente conmovido, cayó de rodillas frente á Lola.

Pero esta no se dejó llevar del primer impulso, y no levantó á Don Manuel.

—¿Debo creer en la sinceridad de ese arrepentimiento?

—Es de todo corazón, se acabaron los celos.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Voy á ponerte una condición para perdonarte.

—La acepto, sea cual fuere.

—Es esta: si te vuelvo á ver celoso, despido á Zubieta.

—Diciéndole.....

—Que.....

—¿El motivo?

—No habrá necesidad de eso, porque él debe haberlo comprendido.

—¿Es posible?

—Sí, es posible.

—¿Pero en qué puede?.....

—Has estado serio.

—Sí, pero se figurará que ha eido por otra cosa.

—Zubieta, como hombre de mundo, conoce á los celosos.

—¿Qué dirá de mí?

—Ese es tu castigo.

—¿Pero estás segura?

—Debo ser leal hasta el fin y te diré: Zubieta conoció tus celos, me lo dijo y pretendió retirarse.

—¿Y tú lo detuviste?

—Sí, y le probé que se equivocaba.

—¿Y lo creyó?

—No lo sé, pero no insistió; y ya lo ves, sigue viniendo: ¿con que estamos convenidos?

—Sí.

—Si te encelas, despido á Zubieta.

—Sí, pero todo ha concluido.

—Y diciendo esto Lola, levantando de las manos á su marido, quien en aquel momento sintió como si lo arrebatara un ángel hasta el quinto cielo.

—¿Todo?

—Todo ¿no lo crees?

Sola se quedó pensativa por un momento mientras su marido la contemplaba anhelante, esperando su sentencia.

—¿Vacilas? preguntó al fin don Manuel.

—¡Ay! los celos, los celos.....

—¿Qué?

—Son personas de quien no es bueno fiarse.

—Te lo prometo.

—¿Y la condicion?

—Aceptada.

—Levántese usted entonces señor marido y tenga bien entendido, que si otra vez vuelve usted á incomodarme con su celos necios, me veré en la necesidad de ponerlo de patitas.....